

EL VIAJERO

Cuento teatral en un acto, dividido
en dos cuadros, original de
CLAUDIO DE LA TORRE

*A Mallares —María Millares
Cubas—, que me contó la his-
toria de este cuento.*

Estrenado en Madrid, en *El Mirlo Blanco*, Teatro de
Cámara de Carmen Monné de Baroja, la noche del
20 de Junio de 1926.

REPARTO

<i>La Madre</i>	HERMINIA PEÑARANDA
<i>La tía María del Carmen</i>	MARÍA A. DE ABREU
<i>Las hijas:</i>	
<i>Amparo</i>	CARMEN JUAN
<i>Soledad</i>	RAYMONDE DE BACK
<i>El hermano José</i>	GUSTAVO PITTALUGA
<i>Don Luis</i>	FERNANDO BILBAO
<i>El Doctor</i>	CIPRIANO DE RIVAS
	CHERIF
<i>El Muchacho</i>	CARMEN BAROJA

El Coro: EMMI EBERHARDT, CARMEN MONNÉ,
CARMEN ABREU Y NATIVIDAD GONZÁLEZ.

Estrenado en Las Palmas de Gran Canaria en la inauguración del *Teatro Mínimo* —Playa de las Canteras, 81—, Escenario de Cámara de Josefina de la Torre, la noche del 10 de Agosto de 1927.

REPARTO

<i>La Madre</i>	FRANCISCA MILLARES DE LA TORRE
<i>La tía María del Carmen</i> .	ELISA DE LA TORRE DE LA NUEZ
<i>Las hijas:</i>	
<i>Amparo</i>	JOSEFINA DE LA TORRE MILLARES
<i>Soledad</i>	CONCEPCIÓN BARCELÓ DE LA TORRE
<i>El Hermano José</i>	CARLOS HERNÁNDEZ MILLARES
<i>Don Luis</i>	BERNARDO DE LA TORRE MILLARES
<i>El Doctor</i>	JUAN MILLARES CARLO
<i>El Muchacho</i>	JOSÉ BOSCH MILLARES

Las voces: LOLA DE LA TORRE CHAMPSAUR
Y JOSEFINA DE LA TORRE MILLARES.

CUADRO PRIMERO

(Amparo y Soledad no parecen, sin embargo, hermanas. Amparo, alta y delgada, más reposada en sus movimientos, da graciosa apariencia a la pequeña figura de Soledad, rubia y gordinflona, en esa edad bulliciosa en que empieza a manifestarse la mujer. Amparo tendrá veinticinco años. Soledad, once o quince. Soledad vive y duerme, sabe Dios por qué, entre constantes cuidados que ella paga generosamente, con su risa alborotadora y continua. Amparo es la hermana mayor. Nada más para su retrato.

Ahora se han sentado las dos en la sala, junto a la ventana que da al mar y al camino. Es una sala alta, con el dominio de los dos paisajes. Por la ventana abierta se asoma un pedazo azul de cielo. La brisa, al entrar, mueve débilmente las blancas cortinas. De vez en cuando, el paso de una nube tiñe la estancia de una sombra difusa, pasajera, dorada más tarde por el rebrillar de la hora.

Es el silencio del mediodía. En este silencio, al contemplar la habitación y los muebles, más minuciosamente los detalles —allí, en la pared, la fantasía de un dibujo compuesto con el orden cuidado de unos pequeños retratos; más acá un tapete primoroso sobre el mármol de alguna mesa; un reloj de péndulo solemne; aquí unas muchachas vestidas de encajes—, parece descubrirse un hogar apacible, de alegres virtudes, donde los ojos risueños suben y bajan con la aguja de plata que enhebra los días. ¿Vivimos, acaso, en los últimos años vísperas de nuestro siglo, años tocados aún, de lejos, por la llama romántica; en el último refugio de los visionarios, en un rincón pasado de moda?

Las dos muchachas, sentadas una frente a la otra. Amparo, abstraída en la lectura de una carta. Soledad, sonriendo, finge adivinarla y comienza a decir en son de burla).

ESCENA I

SOLEDAD.—«Mi Amparito idolatrada... Aunque sólo hace dos horas que te vi... Mi corazón...»

AMPARO.—(*Distraída en la lectura*) ¡Cállate!

SOLEDAD.—«Te escribo para decirte, otra vez, que te amo...»

AMPARO.—¡Cállate!

SOLEDAD.—«Para decirte, otra vez, que te adoro...»

AMPARO.—¿Te quieres callar de una vez?

SOLEDAD.—Para otra cosa no te puede escribir: te ha dejado hace un momento. «¡Oh, mi amor...!»

AMPARO.—(*volviendo a la lectura*) ¡Cállate!

SOLEDAD.—Bueno, me callo si me dejas leer el final... o el principio. Si me dejas leer la carta me callo.

AMPARO.—Soledad, que me enfado.

SOLEDAD.—Pues sabe Dios lo que te dirá.

AMPARO.—(*dejando de leer*) ¿Qué es eso? ¿Qué te importa a ti lo que él me diga?

SOLEDAD.—(*con énfasis*) ¡No me ha de importar! ¿No se trata del porvenir de mi hermana?

AMPARO.—(*riendo, a pesar suyo*) No disimules: te encuentro hace unos días muy curiosa, como si quisieras averiguar lo que sucede.

SOLEDAD.—Luego, algo sucede. (*Acercándose con misterio a su hermana*) ¡Ah, ah! A ver, ¿qué es lo que sucede?

AMPARO.—Me dejas concluir la carta, ¿sí o no?

SOLEDAD.—Y me cuentas luego lo que dice, ¿sí o no?

AMPARO.—¡Sí, sí, sí!

(*Amparo sigue la lectura. Soledad se levanta y se sienta a distancia, como si se sintiera de pronto ofendida. Hay una pausa larga que ella siembra de tristes miradas a todas partes.*)

AMPARO.—(*terminando*) Bueno, se acabó... Y qué, ¿se aca-

bó, también la curiosidad? (*Soledad asiente*) ¡Qué cambio sorprendente!

SOLEDAD.—Te he disgustado.

AMPARO.—(*riendo*) ¡Ahora salimos con esas! Pero, ven acá, Soledad querida ¿qué te pasa?

SOLEDAD.—Yo no quería molestarte: hablaba en broma.

AMPARO.—Si ya lo sé, si tú no me molestas nunca. (*Exagerando el perdón*) Tengo una hermana muy linda y muy buena... y muy discreta, a quien voy a contar un secreto.

SOLEDAD.—Que te casas.

AMPARO.—Eso ya lo sabías. Lo que no sabes es que... (*Hace una pausa maliciosa*)

SOLEDAD.—(*continúa, sin darse cuenta, la voz de su hermana*) Que te casas este mes.

AMPARO.—(*sorprendida*) Soledad, ¿qué has dicho? ¿Quién te lo ha dicho?

SOLEDAD.—(*parece que despierta de un sueño largo*) Amparo, ¿y el secreto?

AMPARO.—(*desconcertada, un poco recelosa, se sienta junto a ella, la abraza y la besa en silencio muchas veces*) ¿Te sientes mal?

SOLEDAD.—(*que ha recobrado el buen humor*) ¡No! Pero, ¿y el secreto?

AMPARO.—No te separes de mí. Acércate, dame un beso. (*Se besan*)

SOLEDAD.—¿Lloras?

AMPARO.—No, escucha: me dice Enrique: (*Leyendo la carta*) «Acabo de recibir noticias del asunto. Está ya acordado que he de hacer el viaje y, como supondrás, no pienso hacerlo solo.» (*Sigue la lectura con un murmullo monótono, a gran velocidad, como si saltaran las palabras sobre el fuego*) Bueno, aquí hay unas cosas... cualquier cosa... Aquí: «Será un viaje largo: acaso dure un año. ¿Sabes tú dónde están las Indias?» Sí... más adelante... Aquí me vuelve a decir... (*Soledad sonríe*) Aquí: «Se trata, pues, de adelantar nuestra boda, cosa que a todos parecerá razonable. Esta tarde hablaré con tu madre y, si nos entendemos, como espero, creo que nos casaremos este mes». Eso es todo.

SOLEDAD.—(*sorprendida*) ¿Este mes?

AMPARO.—Sí, este mes dice. Pero, ¿no lo sabías?

SOLEDAD.—(*con naturalidad*) No.

(*Amparo quiere sonreír. La sonrisa va alternando en su fisonomía con expresiones, más pausadas, de temor. Habla, ahora, con una viva curiosidad*)

AMPARO.—¿No lo sabías? Pero, mírame, mírame fijo y contéstame: ¿no me dijiste antes que lo sabías?

SOLEDAD.—¿Que yo lo sabía?

AMPARO.—No fue eso, precisamente. Pero, ¿no recuerdas que hace un momento me lo dijiste antes de que yo te diera la noticia?

SOLEDAD.—¿Cuándo? (*Un silencio*) ¿Por qué te casas este mes?

AMPARO.—Pero, ¿no recuerdas?

SOLEDAD.—(*después de una profunda meditación niega moviendo lentamente la cabeza*) Escúchame, Amparo: yo no quisiera molestarte, pero, no te cases este mes.

AMPARO.—(*desalentada*) ¡Qué importa este mes u otro cualquiera! Ya has oído por qué me caso: dependerá de ese viaje. Además, me desconciertas: unas veces eres como una niña, y otras, sin saber por qué, hablas con una seriedad, dices unas cosas... ¿Quieres explicarme por qué no debo casarme este mes?

SOLEDAD.—Es el mes de Mayo.

AMPARO.—El mes más bonito del año, según dicen. Un mes para viajes, para bodas, para todos los cambios alegres. Nosotros no lo comprendemos bien porque aquí no tenemos primavera... o la tenemos siempre.

SOLEDAD.—(*con buen humor de nuevo*) Por eso somos gente triste. La primavera es una época triste. Hay tanta luz que vivimos destumbrados, lo ambicionamos todo, lo queremos todo con una ansiedad que nos hace infelices. En cambio, en el invierno, en los días fríos y oscuros debe ambicionarse poco, debe vivirse más recogido, más con uno mismo. La gente del Norte dicen que tiene mucha gracia.

AMPARO.—Tú sí que la tienes. ¿A qué viene, ahora, todo eso tan complicado?

SOLEDAD.—Para que no te cases este mes.

AMPARO.—¿Y crees tú que porque se te haya ocurrido pensar que el invierno es tan entretenido, voy yo a aplazar mi boda y a dejar que Enrique se marche solo?

SOLEDAD.—No es eso. Cásate el mes próximo, pero no este mes. Este mes, para todos nosotros...

AMPARO.—(*de pronto*) ¡Ah, ya sé: lo había olvidado!

SOLEDAD.—¿Olvidado, Amparo?

AMPARO.—Sí, Soledad, olvidado.

(*Un largo silencio*).

SOLEDAD.—¿Olvidado?

AMPARO.—Sí, Soledad. Cuando se ahogó nuestro hermano yo no pude creerlo. Era demasiado... sencillo. Aún lo recuerdo y ya son quince años. Tú casi ni existías: ni lo conociste siquiera. ¿Por qué pretendes, sin embargo, ser tú la que más lo recuerdas?

SOLEDAD.—Porque tú dices que lo has olvidado.

AMPARO.—Bien sabes que no es así. Lo recuerdo siempre. Era una mañana como esta de hoy, una mañana de Mayo, silenciosa. Jugábamos los dos junto al mar, medio desnudos sobre la arena. De pronto, una ola enorme, callada, se lo llevó...

ESCENA II

JOSÉ.—(*Veinte años. Vivacidad de carácter que se refleja en unos brazos rotundos, desacompañados, como las aspas rotas de un molino. Llega de la calle, por la derecha. Las aspas recorren medio giro al contemplar la escena. Llama gritando*) ¡Madre, madre!

LAS DOS HERMANAS.—¿Qué hay? ¿Qué sucede?

JOSÉ.—¡Madre! ¡Madre! ¡Ven pronto!

LA MADRE.—(*por la izquierda*) ¿Qué gritos son esos?

(*La madre no disimula ya su agitación ni ante nimios sucesos. Acaso una herida que rosa el menor sobresalto*).

JOSÉ.—(*señala a sus hermanas con un gesto solemne*.) Llorando.

LA MADRE.—(con inquietud) ¿Qué os pasa? ¿Por qué lloráis? A ver, José, ¿qué les has hecho, qué ha pasado aquí?

JOSÉ.—(con grandes aspavientos) Yo no lo sé: yo no he hecho más que delatarlas.

SOLEDAD.—(que ha recobrado su buen humor y besa ruidosamente a su madre) Madre, no hagas caso: son bromas de José. Amparo tiene una gran noticia que te alegrará. (Con malicia) Y te costará también unas lágrimas.

LA MADRE.—¿Una gran noticia?

SOLEDAD.—Sí: una gran noticia.

JOSÉ.—Que se casa. Para las mujeres, la única noticia es el matrimonio.

SOLEDAD.—¿Qué sabes tú de eso?

JOSÉ.—Vamos a verlo.

LA MADRE.—Dime, ¿qué gran noticia es esa?

AMPARO.—Que me caso.

JOSÉ.—¿Lo ves? Estas cosas las adivino yo enseguida.

SOLEDAD.—(con ironía) ¡Phs, la experiencial!

JOSÉ.—Madre, a esta niña pequeñita le voy a dar un golpe.

LA MADRE.—Pero, ¿queréis callaros? (Acariciando emocionada a Amparo) ¿Es verdad? ¿Tú también nos dejas?

AMPARO.—Antes de lo que pensaba. Enrique vendrá esta tarde a hablar contigo. Ya él te lo explicará. Se trata de un viaje largo... y de hacerlo juntos.

LA MADRE.—¿Un viaje largo? ¿Casarte y abandonarnos?

AMPARO.—Sí, madre. Se trata de un viaje urgente, de negocios, lejos, no sé dónde todavía: creo que a América. La primera noticia me la da en esta carta.

(Entrega la carta a su madre. Ésta comienza a leerla. Soledad, con disimulo, se ha colocado a sus espaldas e intenta leerla también)

SOLEDAD.—(como al principio) Mi Amparito idolatrada...

AMPARO.—(riendo) ¡Qué tonta eres!

JOSÉ.—A ver, a ver...

AMPARO.—(impidiéndoselo) Quédese tranquilo el talento de la casa: adivine ahora como antes.

LA MADRE.—(sin interrumpir la lectura) Soledad, avisa a la tía Carmen. Dile que venga.

SOLEDAD.—José, ya has oído.

JOSÉ.—¡Pero, si es a tí a quien...!

LA MADRE.—José, haz de una vez lo que te he dicho.
(José sale por la izquierda haciendo muecas de protesta. La madre continúa la lectura hasta el final)
Pocos detalles da en la carta. Tendremos que esperar su visita.

AMPARO.—Vendrá esta tarde.

ESCENA III

(La tía Carmen se detiene al entrar y mira, sonriente, la escena. ¡Qué sorpresa para aquellos que la ven por primera vez! ¿Qué edad tendrá la tía Carmen? Poco importa. Es bella, sobre todo: más aún cuando se la ilumina la cara, frecuentemente, de confusa alegría. ¿Es otra hermana? Viste de claro, correctamente, hasta con gran sabiduría. Al oír-la llamar «tía Carmen» se experimenta un íntimo alborozo. Hay como un juego infantil en nombrarla con severidad y contemplar después su juventud, misteriosa y triunfante. Todos lo saben y así dicen «tía Carmen» con un dejo de broma y simpatía).

MARÍA DEL CARMEN.—¡Gran noticia, por lo visto!

SOLEDAD.—Cállate, que te va a oír José.

MARÍA DEL CARMEN.—Él me la ha dado a gritos. ¿Es cierto, se adelanta la boda?

AMPARO.—Yo soy la primera sorprendida.

LA MADRE.—Ninguno sabíamos nada.

AMPARO.—Nadie. Es decir... Soledad.

LA MADRE.—¿Soledad?

MARÍA DEL CARMEN.—¿Cómo? ¿Soledad guardando secretos?

SOLEDAD.—*(asombrada)* Yo tampoco lo sabía.

MARÍA DEL CARMEN.—Entonces...

AMPARO.—Ya hablaremos. Ahora te llamábamos para darte la noticia. Enrique vendrá pronto y lo sabremos todo. Soledad, ¿por qué no vas a buscarlo?

SOLEDAD.—*(muy contenta)* Sí. ¿Me dejas, tía Carmen?

MARÍA DEL CARMEN.—Si tu madre te lo permite...

LA MADRE.—Si vuelves enseguida... (*Soledad desaparece, sin oír más, pero se arrepiente y vuelve a entrar, precipitadamente, para besar a las tres. Y se marcha, de nuevo, como un torbellino*). ¡Qué genio, qué genio!

MARÍA DEL CARMEN.—Estos días está muy nerviosa: se excita fácilmente.

AMPARO.—De eso, precisamente, quería hablaros y buscaba un pretexto para que Soledad se fuera. Ha vuelto a tener un desvanecimiento.

MARÍA DEL CARMEN.—(*vivamente*) ¡Dios mío!

LA MADRE.—¿Cuándo ha sido? ¿Por eso llorábais?

AMPARO.—No, llorábamos por otras cosas: recordando...

MARÍA DEL CARMEN.—¡Dios mío!

LA MADRE.—Pero, ¿qué fue, cómo ha sido?

AMPARO.—Hablamos hace poco, las dos, en este cuarto. Estábamos de bromas. Yo quería intrigarla con la noticia de mi boda y, de pronto, antes de que yo hablara, la vi palidecer, como dormirse, y murmurar unas palabras.

MARÍA DEL CARMEN.—¿Qué dijo?

AMPARO.—Pocas palabras. Me adivinó lo que iba yo a decirle. Después pareció despertar, como volver de un largo sueño. No tenía conciencia de lo que hacía. Le hice varias preguntas, pero apenas entendió. No escuchaba nada. Yo me asusté mucho. No he podido, aún, acostumbrarme. Cada vez que la veo en ese estado me parece que se va a morir y pienso, además, que no es posible prevenirlo. Esos desvanecimientos le acometen siempre en los momentos más tranquilos.

JOSÉ.—(*que ha oído las últimas palabras desde la puerta izquierda, por la que ha vuelto a entrar*) ¡Si no la mimaran tanto!

MARÍA DEL CARMEN.—(*asustada*) ¡Ah! ¿Estás ahí?

JOSÉ.—Claro que estoy. ¿Es también una cosa sorprendente que esté yo en este cuarto? ¿A que va a resultar otro misterio el que yo haya ido a buscarte y esté de vuelta?

MARÍA DEL CARMEN.—No digas tonterías.

JOSÉ.—Oye, oye: que eso de llamarte tía Carmen es sólo

de mentirijillas. Como me vuelvas a llamar tonto te doy un golpe.

LA MADRE.—Cállate. Hablamos en serio. Esto de Soledad me preocupa mucho. (*A Amparo*) Yo también he notado eso que dices, cuando está en los momentos tranquilos. Es como si el silencio, la calma, le desvanecieran la mente. En cambio, cuando está agitada por algo, por cualquier ocupación, parece otra, alegre, decidida.

AMPARO.—(*con inquietud*) Carmen, ¿qué estás pensando?

LA MADRE.—(*a María del Carmen, necesitando una víctima*) Tú también nos afliges y tienes mucha culpa de lo que pasa. La mimas demasiado, la estás haciendo una mujer débil. Además, lo que es peor, le fomentas sus defectos: no le educas sino su imaginación. ¿A qué viene el contarle de continuo tantas historias que no hace más que excitarla, todos esos cuentos de misterios en los que la gente aparece y desaparece sin razón ni motivo?

JOSÉ.—¡Muy bien dicho!

AMPARO.—(*conciliadora*) ¡Madre!

LA MADRE.—¿Por qué hacerle creer tantas mentiras?

JOSÉ.—¡Muy bien!

AMPARO.—¡Madre!

LA MADRE.—Lo que pasa es que me vais a volver loca. Todos me disgustais. Tú, Carmen, sin saberlo, has tenido mucha culpa en lo de Soledad. Le has metido en la cabeza muchas fantasías, que no le han hecho sino daño. Todo lo que tiene Soledad, como dice don Luis, no es más que exceso de imaginación. Es una niña muy débil que nos debe preocupar más a todos.

JOSÉ.—(*con suficiencia*) Menos mimo y verán que pronto se cura.

MARÍA DEL CARMEN.—No es eso. Yo también he estado preocupada estos días por Soledad, hasta el punto que consulté con don Luis. Pero, no soy yo sola la culpable. En esta casa todos, más o menos, hemos vivido de fantasías, como tú dices. Yo no hice más que educarla a nuestra manera.

AMPARO.—Todos no: yo vivo de mis realidades.

MARÍA DEL CARMEN.—Eso, de tus realidades: de tus sueños.
JOSÉ.—(en son de burla) ¡Admirable! ¡Qué frase!

MARÍA DEL CARMEN.—Bueno. ¿Vamos a dejar la conversación?

LA MADRE.—No vamos a dejarla sin que tú me expliques antes qué consulta fue esa a don Luis. ¿Es que pasa algo en mi casa que yo ignore?

MARÍA DEL CARMEN.—No... Es decir, lo que estamos hablando.

LA MADRE.—¿Y nadie está ocultando nada?

MARÍA DEL CARMEN.—No... (Arrepintiéndose) Es decir...

LA MADRE.—¡Cuental! ¿Qué sucede? ¿Qué tiene Soledad?

AMPARO.—Pero madre, tranquilízate: lo sabremos todo.

MARÍA DEL CARMEN.—Yo he notado un cambio en Soledad en estos últimos tiempos. Ha tenido días de una gran excitación, de una excitación extraña, más intensa que otras veces. Un día se lo dije y me respondió que no me asustara, que se excitaba tanto porque le parecía «que iba a recibir una gran noticia». Yo me reí para quitar importancia a la conversación y no volvimos a hablar más aquella tarde. Hace pocos días, recordareis que salimos las dos a dar un paseo. Bajamos hasta el puerto y nos entretenimos en ver salir a los pasajeros de uno de los barcos. Yo estaba distraída. Y sentí, de pronto el brazo de Soledad que apretaba fuertemente el mío. La miré y la vi pálida. Me asusté mucho. Poco a poco se tranquilizó. Volvimos a casa sin hablar. Yo suponía que, como siempre, ella no recordaba nada. Pero, antes de entrar, me detuvo un momento y me preguntó: «¿Lo viste?» ¿A quién?, le contesté sorprendida. «A aquel pasajero. Es él, que vuelve a casa.» Yo no pude contestarle. Me impresionó tanto que corrí a hablar con don Luis.

AMPARO.—¡Qué cosa más rara!

LA MADRE.—¿Y qué te dijo don Luis? ¿Por qué me has ocultado todo esto?

MARÍA DEL CARMEN.—Don Luis repitió lo mismo de siempre: esta niña está muy débil, que se alimente mucho.

JOSÉ.—Carmen, ¿estás segura de que Soledad dijo eso? ¿No será otra fantasía?

MARÍA DEL CARMEN.—¡José!

JOSÉ.—Perdona. Yo no quería decir... Es que aquí no esperarían a nadie si tuvieran bastante conmigo. Es que yo sé por donde viene todo esto.

MARÍA DEL CARMEN.—¿Y que diría Amparo, que está esperando nada menos que a su novio?

JOSÉ.—Eso es diferente. Tú sabes lo que quiero decir.

LA MADRE.—(como acabando un pensamiento) Dime, Carmen: ¿cuáles fueron sus palabras?

MARÍA DEL CARMEN.—Dijo así: «Es él, que vuelve a casa».

JOSÉ.—Alguien acaba de entrar.
(Hay una pausa en la que todos escuchan)

MARÍA DEL CARMEN.—¡Qué extraño!

JOSÉ.—¡Quinto misterio!

AMPARO.—Seguro que es Enrique. Voy a ver. (Sale por la derecha. Los demás esperan con los ojos fijos en la puerta. A poco vuelve Amparo) No es Enrique. Es Soledad, que viene con don Luis y con un señor.

LA MADRE.—¿Soledad?

AMPARO.—Sí, con don Luis y con un señor que no conozco.

ESCENA IV

(Don Luis entra por la derecha. Ya está viejo. Es el cirujano, más que el médico, educado en el amor a su profesión, de la que se ríe, sin embargo. Tan sólo cree en la salud primera, virgen, fuente limitada de vida. No cree otras metafísicas. Es áspero y gran corazón. José será así el día de mañana)

DON LUIS.—Buenas tardes. ¿Cómo están los de esta casa?

LA MADRE.—Buenas tardes, don Luis. Hoy viene usted más temprano.

DON LUIS.—Y la señora tía, ¿cómo sigue, además de tan guapa como la veo?

MARÍA DEL CARMEN.—(sonriendo) Viviendo aún.

LA MADRE.—¡Buen susto el que ha dado usted a la señora tía!

DON LUIS.—¿Es posible?

MARÍA DEL CARMEN.—No le esperaba a usted y me sorprendió su visita. No ha habido susto.

DON LUIS.—Pues el recado venía de todos ustedes.

LA MADRE.—¿Qué recado?

DON LUIS.—El que me dio Soledad: que viniera enseguida porque me estaban esperando,

MARÍA DEL CARMEN. ¿Un recado con Soledad? Soledad salió de aquí para buscar a Enrique.

DON LUIS.—A mí me ha dicho que iba a buscarme de parte de ustedes. Pero no se apuren: yo pensaba venir de todos modos. (*A la madre*) Necesito hablar con usted.

JOSÉ.—¿Sabe, don Luis, que ya empiezo también a preocuparme por Soledad?

DON LUIS.—De todo hablaremos, pero más tarde. Ahora, dejadnos solos a tu madre y a mí. Usted, señora tía, cuando realmente tenga edad para ello podrá intervenir en las conversaciones reservadas. (*A Amparo*) La novia también me perdonará (*Los tres se dirigen a la derecha*) No, id por aquí: yo os llamaré luego.

(María del Carmen, Amparo y José salen por la izquierda, La Madre y don Luis quedan solos. La Madre, un poco nerviosa, don Luis con el aspecto y el gesto del que no se decide a decir una tontería)

LA MADRE.—Por lo visto hoy es día de emociones. Hable usted, don Luis.

DON LUIS.—(*medio decidido*) Mi querida amiga: yo supongo, yo espero que treinta y tantos años de amistad, como la nuestra, le habrán dado a usted una opinión sobre mi persona.

LA MADRE.—(*afectuosa*) Una opinión excelente.

DON LUIS.—Eso es lo peor. Yo hubiese preferido lo contrario.

LA MADRE.—Pero, don Luis...

DON LUIS.—¿Cree usted, sinceramente, que yo soy una persona de juicio?

LA MADRE.—Don Luis, no comprendo nada.

DON LUIS.—Porque a mis años no se pueden decir tonterías ni, mucho menos, hacerlas.

LA MADRE.—Pero, hable usted...

DON LUIS.—Yo he venido empujado, sin comprender a punto fijo lo que iba a ser para mí el encontrarme frente a usted y no atreverme a hablar.

LA MADRE.—¡Le ha sucedido algo a mi hija!

DON LUIS.—No señora. Esas cosas a mí no me asustan ni me importa decirlas. No tiene nada que ver con ella. Mi situación es difícil porque conozco el afecto que ustedes me tienen y cuanta fe ponen, por lo tanto, en lo que yo les digo. Tengo conciencia de mi responsabilidad en esta casa, que siempre he creído bajo mi custodia.

LA MADRE.—Así es.

DON LUIS.—Pero no tengo la culpa de tener, a mi vez, otros amigos. Y entre ellos uno entrañable que no quisiera traer a esta casa.

LA MADRE.—Pues no lo traiga usted.

DON LUIS.—Ese es el caso: que tengo que traerlo.

LA MADRE.—Don Luis, por Dios, hable usted claro. ¿Qué amigo es ese? ¿De qué asunto se trata?

DON LUIS.—Verá usted. Desde mi juventud, más aún, desde mi niñez, yo tengo un amigo inseparable. Inseparable en mi afecto, pues hace muchos años que él abandonó esta tierra. Juntos estudiamos, juntos hicimos la carrera. Él es, también, médico. ¿Nunca me oyó usted hablar de mi amigo «el doctor», como le decíamos?

LA MADRE.—Nunca, don Luis.

DON LUIS.—¡Es extraño! Y, sin embargo, no lo olvidé jamás. Lo he recordado siempre a lo largo de mi vida, sobre todo en mis momentos de calma, en esos ratos de descanso que conseguimos con tanto trabajo. Y es que mi amigo simbolizaba para mí un ardiente deseo de mi juventud: el «diletantismo».

LA MADRE.—(*sonriendo*) Indudablemente, está usted de buen humor.

DON LUIS.—Hablo en serio. ¡El «diletantismo»! Me atraía más que nada su frecuente actividad en tres campos apasionantes: amar, leer y viajar. ¡Gran ambición de juventud! Pues, bien, mi amigo era esto: mi ambición realizada.

LA MADRE.—¿Sueños, don Luis?

DON LUIS.—¿Por qué no? Yo soñé también en mi tiempo, antes de dormirme profundamente.

LA MADRE.—También poeta.

DON LUIS.—¿Lo ve usted? Este es el último prodigio de mi amigo. Me ha bastado verlo y, a pesar de mis años y de mi vida, ha conseguido un milagro: hacérmelos olvidar. «No hay tiempo —me decía apretándome las manos esta mañana—: eres el mismo muchacho de entonces».

LA MADRE.—¿Han vuelto ustedes a encontrarse?

DON LUIS.—Sí, esta mañana. Cuando ya no esperaba volver a verle me lo he encontrado frente a mí, mirándome sin hablar, como una aparición. ¡Treinta años separados!

LA MADRE.—¡Treinta años!

DON LUIS.—Nos hemos escrito siempre, nos hemos sentido envejecer a distancia. De este modo, al encontrarnos hoy nos ha parecido seguir hablando, sin duda, sin secreto, sin necesidad de una pregunta.

LA MADRE.—¿Y es ese amigo el que usted no quiere presentarnos? Ahora lo entiendo menos.

DON LUIS.—Es que mi amigo, el «diletantismo» de mi amigo, ha tomado a veces rumbos peligrosos. Mi amigo, para el común de las gentes, es un ser desequilibrado. Para mí también, aunque me duela confesarlo. Sí, es un aficionado a todas las extravagancias. Y la última le ha traído aquí.

LA MADRE.—¿Aquí?

DON LUIS.—Este es el caso. Yo creo firmemente que se trata de una extravagancia, pero él dice otras cosas que yo no comprendo.

LA MADRE.—Dígame, don Luis: ¿qué relación hay entre su amigo y nosotros? Ha conseguido usted despertar mi curiosidad.

DON LUIS.—Hemos llegado, a la inversa, a lo que debió ser comienzo de nuestra conversación. Mi amigo quiere hablar con ustedes.

LA MADRE.—¿Sobre qué?

DON LUIS.—¿Le causaría un gran dolor oír a un extraño

hablarle de su vida de usted, de las personas más queridas de su vida?

LA MADRE.—¡Don Luis!

DON LUIS.—Yo me comprometí a esta entrevista ¿la aceptaría?

LA MADRE.—¿Para qué?

DON LUIS.—Yo me comprometí a pedirla, pero a nada más. Yo estaré presente. Desapruebo por adelantado, cuanto en ella se diga. Yo sé de qué se trata: se trata, en absoluto, de una gran extravagancia.

LA MADRE.—¡Pero, don Luis!

DON LUIS.—¿La acepta usted?

LA MADRE.—¿Cuándo?

DON LUIS.—Mi amigo está aquí. Lo acompaña Soledad. Él me ha pedido, también, que estén todos presentes. Yo, sin embargo, he querido antes consultar con usted.

LA MADRE.—(después de una pausa) Digale que pase.

(Sale don Luis por la derecha. La Madre queda sola en la escena. Hay otra pausa. Entra Soledad, por la derecha, besa en silencio a su madre y sale de nuevo, por la izquierda, hacia el interior, de la casa. Poco a poco van entrando, por esta puerta, María del Carmen, José, Amparo, y la última, Soledad. Todos llegan sin hablar, sorprendidos por la visita. Por la puerta de la derecha regresa don Luis, guiando al visitante).

DON LUIS.—Adelante.

ESCENA V

(En la puerta derecha aparece El doctor. He aquí un personaje interesante: más bien pequeño, delgado, disminuida su figura por el traje negro que la cubre. El cabello muy rubio, plateado por las sienes. Anchas gafas de concha que parecen agrandarle los ojos, toda la vista de la cara. Habla siempre a media voz, iniciando apenas los gestos. Este es el hombre peligroso, sugeridor, amigo de las teorías.)

DON LUIS.—(*presentando*) Esta es la familia: la madre, la hija mayor, el hijo... Aquella cara que descubre allí escondida es nada menos que la de María del Carmen. (*Confidencial*) Tía Carmen, cuando tengas que hablarle.

LA MADRE.—Siéntese usted.

EL DOCTOR.—Gracias. (*Todos se sientan, inconscientemente alejados del doctor, mirándose unos a otros.*) Supongo, además, que don Luis les habrá dicho ya quien soy, la amistad que nos une, acaso el motivo por qué vengo a esta casa.

LA MADRE.—Algo me ha hablado.

DON LUIS.—Le he indicado tus propósitos,

EL DOCTOR.—Bien. Yo no tengo propósitos. Vengo, solamente a hablar con ustedes.

LA MADRE.—(*afectuosa, sin darse cuenta*) Hable usted.

EL DOCTOR.—Probablemente, don Luis me habrá presentado como un hombre extravagante. Es ya una vieja costumbre que no puede remediar. Les habrá dicho que yo he sido, toda mi vida, un hombre misterioso y, sobre todo, habrá empleado una palabra inculta, impropia de sus años: les habrá dicho que yo soy un «diletante».

LA MADRE.—(*casi cautivada*) Algo de eso, sí señor, algo de eso.

DON LUIS.—(*de buen humor*) Don Luis procura mantenerse siempre dentro de la verdad.

EL DOCTOR.—Y, efectivamente, no niego que don Luis tenga sus razones. Sin embargo, a esta curiosidad mía, constantemente alerta ante todas las cosas, le debo las mayores emociones de mi vida: los más vivos placeres y los más hondos desengaños. Por ella salí de esta tierra y recorrí otras y otras. Viajé mucho y conocí muchas gentes. Soy un gran curioso.

LA MADRE.—¿Amigos desde la niñez?

EL DOCTOR.—(*mirando a don Luis*) Sí, amigos, sinceramente amigos. Don Luis fue siempre la negación de mis creencias.

DON LUIS.—¿Por eso me has querido siempre?

EL DOCTOR.—Por eso necesité tanto de ti. (*A los demás*) Nos separamos hace muchos años. Éramos los dos

muy jóvenes y yo decidí el viaje, el viaje largo en busca de infinidad de cosas. ¿Qué cosas eran? Hace ya muchos años que aquellas aficiones mías de que antes hablábamos me pusieron en comunicación frecuente con personas y casos verdaderamente interesantes. Algunos dignos de relatar. Hace pocos meses, en una revista oscura, de pocos lectores, leía yo un suceso curioso; el caso de un niño que, allá en su ciudad, hacía muchos años, estuvo una tarde a punto de ahogarse. Lo sacaron casi sin vida. Poco a poco fue recuperándola y, al decir de los testigos, sus primeras palabras fueron unas voces extrañas, pronunciadas en un idioma desconocido. Lástima, decía el comentario, que tampoco los testigos lo conocieran y aquellas palabras misteriosas no hubiesen sido retenidas. Sólo una se salvó del olvido. El chico la repitió varias veces y las personas presentes pudieron recordarla. La leí con gran asombro. La palabra rescatada era una palabra española «esperadme». (*Todos hacen un movimiento. Soledad se acerca, poco a poco, al doctor*) ¿A qué cansarles con el relato de mis pesquisas después de la lectura? Conocí los nombres de las personas. Más tarde las conocí a ellas mismas. Apenas recordaban el suceso, ¡tantos años habían pasado! El muchacho, en cambio, me hizo una impresión singular. No podría explicarlo. Desde luego noté que estaba enfermo y que el relato de aquel suceso, que con los años transcurridos debería parecerle nimio, le producía por el contrario, un gran desasosiego.

LA MADRE.—(*poniéndose en pie*) Doctor, ¿qué quiere usted decirnos?

DON LUIS.—Yo había dicho que estabas desequilibrado, pero veo que estás rematadamente loco. Pero, ¿qué leyenda es esa?

LA MADRE.—¿No la conocía usted, don Luis?

DON LUIS.—No señora. De haberla conocido me hubiese opuesto más tenazmente... Lo que él me ha contado esta tarde es otra cosa.

EL DOCTOR.—Yo lamento sinceramente el dolor que he causado. Perdónenme ustedes.

MARÍA DEL CARMEN.—Doctor, siga usted.

EL DOCTOR.—Yo proponía esta tarde a don Luis, simplemente, el traer aquí, a esta tierra, a nuestro muchacho. Su salud está muy quebrantada y este clima le sentaría muy bien. Acaso recobrará las fuerzas. Sólo unas vacaciones.

(Se hace un silencio. Todos parecen alejarse en un pasado)

SOLEDAD.—*(naturalmente)* ¿Y está usted seguro de que es nuestro hermano?

(Todos la miran sorprendido)

DON LUIS.—*(que es el primero en reaccionar)* Pero, ¿qué estás diciendo?

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

(El mismo decorado. La madre ha terminado ahora la lectura de una carta y atiende al comentario de don Luis. Es el reposo de la tarde, cerca ya del crepúsculo que se inicia y agranda detrás de los cristales cerrados del ventanal. Poco más de dos meses transcurrieron entre los dos cuadros.)

ESCENA I

DON LUIS.—Ya ve usted, amiga mía, como los hijos no son tan ingratos. ¿Qué le parece a usted Amparo? Hasta de mí se ha acordado.

LA MADRE.—Por eso no hay que hablar de ingratitud. Sin embargo, ya veremos: ¿no nos olvidará más tarde?

DON LUIS.—¿Por qué nos ha de olvidar? Y, sobre todo, ¿para qué entristecemos? Dentro de un año volverá con nosotros.

LA MADRE.—¡Un año! Acaso ya tenga completos los míos.

DON LUIS.—Por uno más, mi querida amiga, ¿quién va a enterarse?

LA MADRE.—Se entera Dios.

DON LUIS.—¿Está usted segura?

LA MADRE.—*(amenazándole cariñosamente con un dedo)*
¡Perro filósofo!

DON LUIS.—Vivimos una gran época, mi vieja amiga: la gran época.

LA MADRE.—Época en que los hijos abandonan a los padres. A esto llaman ustedes la expansión natural.

DON LUIS.—No, señora: a esto se ha llamado siempre, una «luna de miel».

LA MADRE.—¡Qué horror! ¡Una luna de miel en el otro mundo, a veinte días de navegación! ¡Pobre luna de miel! Y aún se atreven a llamarla así.

DON LUIS.—Ahora se llama «viaje de negocios».

LA MADRE.—Don Luis, no siga profanando.

DON LUIS.—Yo no: pregúnteselo a estos enamorados. Bien claro nos lo dice Amparito en su carta: «somos muy felices, el negocio va marchando. Afortunadamente, como vereis, la luna es de miel y de plata».

LA MADRE.—*(riendo)* Me ha convencido usted, don Luis.

DON LUIS.—Nos han convencido, mi señora.

LA MADRE.—¿Y cree usted que volverán al cabo del año, como dicen?

DON LUIS.—¿Por qué no? Además, qué nos importa el tiempo si estamos viendo que ya no hay distancias.

LA MADRE.—¿Qué no hay distancias, don Luis?

DON LUIS.—No señora. Ahora resulta que hasta la atmósfera nos comunica.

LA MADRE.—¡Gran consuelo!

DON LUIS.—Y muy grande. Parece que hay fuerzas ocultas, transmisiones secretas...

LA MADRE.—Pero, ¿fantasías, también, a sus años?

DON LUIS.—No señora: ciencia pura. Eso dice la gente. Y he aquí por donde la brisa que acaricia, que han dicho siempre los poetas, va a resultar una realidad. ¡Quién sabe si esos aires que yo tanto le recomiendo —y que usted no quiere tomar nunca— no son más que mensajes que nos está enviando Amparito desde allá lejos!

LA MADRE.—Sí, ya conozco la historia. La he leído. Pero, ¿es que hay alguien que tome eso en serio: que esté yo aquí sentada y que, de pronto, sin papel y sin tinta, sin moverme, reciba las palabras por el aire?

(Las hojas de la ventana se abren impulsadas por el viento)

DON LUIS.—*(levantándose a cerrarlas)* Ya lo ve usted: parece arte de magia.

LA MADRE.—Me he asustado.

DON LUIS.—No me lo hará usted creer.

LA MADRE.—Sí, hoy tengo mal de los nervios. Hace tiempo que no los domino.

DON LUIS.—*(disponiéndose a cerrar)* ¡Vamos! Un poco de voluntad.

LA MADRE.—No cierre usted, don Luis: el fresco de la tarde me tranquilizará.

DON LUIS.—*(sentándose de nuevo)* De manera que mi señora está intranquila.

LA MADRE.—No se ría usted. Antes era yo muy valiente. Desde hace poco tiempo, en cambio, vivo sobresaltada, con temores que a veces me avergüenzan.

DON LUIS.—¿Desde cuando?

LA MADRE.—Ya lo adivina usted y va a reirse de nuevo.

DON LUIS.—Y con mucha razón me reiría. Yo si admito que las extravagancias de mi amigo removieran en ustedes un pasado doloroso. Pero este sobresalto, como usted dice, que dejó su visita en esta casa, no consigo explicármelo. ¿A qué dar más importancia a las palabras de un loco? Aquella historia que nos contó, estoy seguro de que sólo existió en su fantasía. Siempre tuvo demasiada imaginación.

LA MADRE.—Sin embargo, le estamos esperando. Por lo visto lleva su historia hasta el final.

DON LUIS.—¿Quién lo duda? Vendrá un día de estos, quizá mañana, quizá hoy mismo. Traerá ese muchacho, lo tendrá aquí una temporada, lo curará, volverá a llevárselo y se esforzará, día por día, en explicarnos los más simples fenómenos, en darles determinadas interpretaciones. Nosotros, mientras tanto, debemos alegrarnos de tenerlo aquí, entre nosotros,

de verlo feliz, contento, apasionado con su experimento. Con tal de que el muchacho sane habremos conseguido lo principal.

LA MADRE.—(*contenta*) Así lo espero. No sabe usted lo que es vivir en esta casa desde hace algún tiempo. Parece que todos han perdido el seso y no hacen más que fantasear, llenarle a una la cabeza de locuras. Ahora les ha dado por decir que el muchacho vendrá a vivir con nosotros. La única que conserva hasta ahora un poco de tino es —admírese usted— María del Carmen. Los demás creen firmemente que se trata todavía de un niño al que vamos todos a manejar

DON LUIS.—Y el muchacho será ya un hombre.

LA MADRE.—Se los he dicho, pero ellos no se resignan. No sé. En todo esto se ha hecho como una confusión. Nadie acierta a explicarse. A veces hablan del chico como si lo conocieran, a veces se preguntan cómo será: lo pintan de mil maneras distintas. Lo que ya nadie se atreve a tocar es la parte misteriosa del asunto. Hasta Soledad parece que la ha olvidado.

DON LUIS.—¡La parte misteriosa! Me río yo de esos misterios. ¿Qué es lo que encuentra usted de misterioso en el asunto?

LA MADRE.—Yo no. Pero existen, indudablemente, ciertos puntos oscuros: aquellas insinuaciones de su amigo, aquellas palabras que pronunció el muchacho, las fechas aproximadas de los sucesos, una cierta coincidencia inexplicable...

DON LUIS.—¡Fantasías!

LA MADRE.—Así sea, don Luis, así sea.

DON LUIS.—¿Teme usted algo?

LA MADRE.—No. ¿Qué voy a temer? No puede pasar nada, ¿verdad, don Luis? Si su amigo vuelve vendrá a vernos, será como un amigo...

DON LUIS.—Pero, veo con dolor que todo esto le preocupa. Parece como si tratara de convencerse de cosas que no está segura. ¿Qué teme usted?

LA MADRE.—Ya le he dicho que no temo nada. ¿Pero no cree que todo lo que nos sucede es bien extraño?

Óigame, serán manías mías, pero no puedo dominar mis preocupaciones. Todo en esta casa me parece distinto, en cualquier cosa veo un presagio. Hasta esa tranquilidad, ese silencio de María del Carmen, no me parece natural.

DON LUIS.—¡Ah, María del Carmen! Esa personita sí es de cuidado. Esa sí tiene imaginación.

LA MADRE.—¿Ha hablado usted con ella en estos días?

DON LUIS.—Muy poco. Yo también la he encontrado silenciosa, como distraída. ¡Sabe Dios lo que estará pensando!

LA MADRE.—Ahora es usted el que por lo visto teme alguna cosa.

DON LUIS.—Mi querida amiga, ya no nos entendemos. Para mí el caso de María del Carmen es un caso claro, que no me intranquiliza lo más mínimo. Lo que siento es no tener el remedio en mis manos.

LA MADRE.—¿Qué remedio?

DON LUIS.—No tener treinta años menos.

LA MADRE.—Pero, ¿habla usted en serio?

DON LUIS.—No, precisamente. María del Carmen es una gran ambiciosa. Toda su imaginación, toda su fantasía no es más que esto: el afán de una vida superior.

LA MADRE.—¿Cree usted que no es feliz?

DON LUIS.—No sé: creo que pudo ser más feliz. ¿No estuvo nunca enamorada?

LA MADRE.—Nunca, que nosotros lo supiéramos. Ella vino a casa en circunstancias tan tristes, cuando la muerte de nuestro hijo, que creció casi olvidada, como en un rincón de la casa. Casi no tuvo juventud.

DON LUIS.—Sin embargo, las otras...

LA MADRE.—Mis hijas son más pequeñas. Cuando llegaron a la juventud hacía muchos años de la desgracia. Pudieron ser más felices que la pobre María del Carmen.

DON LUIS.—Soledad se le parece mucho.

LA MADRE.—Sí, Soledad fue siempre su preferida. Casi la educó, puede decirse: le dedicó toda su juventud, todo su tiempo. La vida de nosotros, entonces, poco podía distraerla. Dígame, Don Luis, ¿no le ha hablado María del Carmen de esto, alguna vez?

DON LUIS.—No... es decir: una vez me dijo que era la novia de su hijo cuando éste se ahogó. Recuerdo que me reí, sin querer, y ella se enfadó bastante.

LA MADRE.—¡Cosas de chiquillos! Tenían la misma edad y jugaban siempre juntos. Cuando él faltó, ella vino a vivir con nosotros. Para mí ha sido siempre una hija más.

DON LUIS.—Dirá usted una hermana: es la tía María del Carmen.

LA MADRE.—Eso fueron cosas de Soledad. Desde pequeña la llamó tía Carmen. (*Don Luis se levanta terminando su visita*) ¿Se marcha usted ya?

DON LUIS.—Sí señora: con este palique se van las horas y he de hacer alguna otra visita antes de que sea de noche. (*Mira por la ventana*) Pocos minutos faltan ya. (*Al salir se crusa con Soledad que llega de la calle*). De usted hablábamos hace un momento. Decíamos que se pasa el día en la calle. Ande a decir a su madre de donde viene. Adiós.

(*Sale*)

ESCENA II

SOLEDAD.—(*agitada*) Madre, al entrar he visto a José en la azotea. ¿No se ha movido?

LA MADRE.—No sé nada. ¿Qué hace arriba?

SOLEDAD.—Lo dejé de vigía mirando al puerto, mientras yo salía un momento a la calle. Fui a comprar unos dulces.

LA MADRE.—¿Mirando al puerto?

SOLEDAD.—¡Clarol! El barco puede llegar y sería una pena no ir a recibirlos. Yo he comprado ya hasta los dulces.

LA MADRE.—¡Qué chiquilla eres! ¿Fuiste con tía Carmen?

SOLEDAD.—No quiso acompañarme. Se ha empeñado en que está enferma, en un día como hoy... ¡Figúrate! No ha salido de su cuarto desde que almorzamos. Estoy enfadada con ella.

LA MADRE.—Haces mal. Tía Carmen no se encuentra bien. Hay que ser buena con ella. Anda a verla otra vez.

SOLEDAD.—Luego, madre. Ahora voy a subir con José.

Dentro de poco será de noche y no veremos nada.

LA MADRE.—¡Cuidado arriba, que los muros son muy bajos!

(La voz de Soledad contesta alegremente, escaleras arriba, después de salir de nuevo por la puerta que ha entrado. La madre cruza la escena y sale por la izquierda, hacia el interior de la casa.)

ESCENA III

(La luz ilumina la escena por la ventana abierta. Es un crepúsculo de verano que va sembrando la estancia de puntos luminosos, de colores violentos que luego se apagan para saltar, más distanciados, a medida que el sol se hunde en el horizonte. La habitación refleja la maravilla del crepúsculo. Como llegando de lo alto, por el ventanal, se oyen las voces de los hermanos).

LA VOZ DE SOLEDAD.—¿Ves algo, José?

LA VOZ DE JOSÉ.—*(más lejana)* Desde aquí se divisa el puerto.

LA VOZ DE SOLEDAD.—¿No ves más que el puerto?

LA VOZ DE JOSÉ.—*(aún más lejana)* Espera un momento. Ahora veo el mar.

LA VOZ DE SOLEDAD.—¿Mucho mar, José?

LA VOZ DE JOSÉ.—¡Mucho, mucho...!

LA VOZ DE SOLEDAD.—¿Ves algún barco?

(Un silencio)

LA VOZ DE JOSÉ.—No veo sino el mar.

LA VOZ DE SOLEDAD.—Fíjate bien: ya es casi de noche.

LA VOZ DE JOSÉ.—La mitad del mar está en sombras.

LA VOZ DE SOLEDAD.—*(temerosa)* No subas más, José: puedes caer de esa altura.

LA VOZ DE JOSÉ.—*(más lejos, todavía)* No hay cuidado, aún puedo ver.

(Otro silencio)

LA VOZ DE SOLEDAD.—Y ahora, José: ¿no ves luces de un barco?

LA VOZ DE JOSÉ.—Ya no distingo el mar... ¡Espera! No: es la luz de una estrella.

LA VOZ DE SOLEDAD.—(*casi en un grito*) ¡Es un barco, José!

LA VOZ DE JOSÉ.—No, Soledad: es una estrella. Tú no puedes ver.

LA VOZ DE SOLEDAD.—¡Es un barco, José: estoy segura! (*Se oye un grito del hermano*) ¡José! ¡José! ¿Qué te pasa? Ya no te veo.

LA VOZ DE JOSÉ.—¡Soledad: es un barco!
(*Las voces de los dos hermanos se confunden. La madre entra precipitadamente, seguida de María del Carmen.*)

LA MADRE.—¿Quién ha gritado? (*Llama por la ventana*) ¡Soledad, José!

LA VOZ DE SOLEDAD.—¡Madre: un barco entra en el puerto!

LA MADRE.—(*Vuelve a llamar*) ¡Soledad: baja enseguida!

LA VOZ DE SOLEDAD.—Estoy esperando a José. Está subido en el tejado.

LA MADRE.—(*Angustiada*) ¡Por Dios, no vaya a caerse: ya es de noche y no verá!

LA VOZ DE SOLEDAD.—¡José! ¿Estás ahí?

LA VOZ DE JOSÉ.—Voy bajando muy despacio. Hay mucha oscuridad.

LA MADRE.—¡José!

LA VOZ DE SOLEDAD.—No puede oírte de tan lejos. Ya ha dado la vuelta a la cornisa: le estoy viendo.

MARÍA DEL CARMEN.—(*a la madre*) ¡A José que tenga cuidado! ¡Qué locura!

LA MADRE.—¡Ay, Dios mío! ¡Soledad, Soledad: Dí a José que baje despacio!

LA VOZ DE SOLEDAD.—¡José! ¿Me estás oyendo?

LA VOZ DE JOSÉ.—¿Qué dices?

MARÍA DEL CARMEN.—Mejor será que no hable.

LA VOZ DE SOLEDAD.—Baja despacio... ¡Ay!
(*Se oye un grito de Soledad. Las dos mujeres se precipitan a la ventana*)

LA VOZ DE JOSÉ.—(*junto a la de Soledad*) No ha sido nada: una piedra desprendida al saltar. Ya estoy a salvo.
(*Se escucha la carrera precipitada de los hermanos por la escalera.*)

ESCENA IV

LOS HERMANOS.—(*entrando*) ¡Ya estamos aquí!

MARÍA DEL CARMEN.—¡Buen susto hemos pasado!

SOLEDAD.—¡José ha sido un gran vigía! Vamos, vamos al puerto.

JOSÉ.—No tardará mucho en fondear. Lo ví con la última luz de la tarde y ya estaba cerca.

LA MADRE.—(*serenándose*) ¿Y quién os dice que es el barco que esperamos?

SOLEDAD.—Estoy segura, madre. No puede ser otro. En el puerto nos dijeron que no esperaban otro. Vamos, anda tía Carmen... ¿Por qué no te mueves?

MARÍA DEL CARMEN.—Me siento mal.

JOSÉ.—¿No vas a recibirlos?

SOLEDAD.—(*a la madre*) ¿La oyes? Dice que está enferma. Vamos, entonces, nosotras.

LA MADRE.—Soledad, ten calma...

DON LUIS.—(*entrando presuroso de la calle*) ¿Saben ya la noticia? El barco está en el puerto: han llegado los viajeros. (*Don Luis se deja caer en una silla, fatigado. La Madre, Soledad y José salen de escena y regresan enseguida dispuestos a la marcha*) ¿No vienes con nosotros, María del Carmen?

MARÍA DEL CARMEN.—Yo les esperaré aquí.

TODOS.—(*presurosos*) ¡Adiós!

(*Salen*)

ESCENA V

(La escena, ahora, se ilumina con la luz de la luna, una uniforme claridad que tiñe el espacio recortado por la ventana y entra en la habitación. Comienza a oírse el coro interior. Son voces alegres, de niños y mujeres, que simbolizarán la salutación al viajero, el gozo y dulzura del retorno. De un rincón de la escena surge la visión: la figura del Muchacho avansa, lentamente, al encuentro de María del Carmen. Los cantos se extinguen, la visión desaparece. Se oyen pasos y voces que se animan a medida que se acercan.)

ESCENA VI

(Entra Don Luis, por la derecha, llevando una lámpara encendida que deja sobre la mesa. La habitación se aclara con una luz de hogar. Viene guiando a la madre, que atraviesa la escena fatigada, juntándose a María del Carmen y a Don Luis en el otro extremo del cuarto. En este rincón de la escena, frente a la puerta de entrada, irán colocándose, conforme llegan, Soledad y José, dejando a María del Carmen en el primer término del grupo.)

DON LUIS.—*(de buen humor)* Te perdiste la escena, María del Carmen: la escena y el castigo. Ha habido algo inesperado que ha castigado todas vuestras fantasías. El muchacho no habla español. Ha sido un encuentro doloroso, mirándose unos a otros sin entenderse... ¡Pobre Soledad, con las cosas que decía! Ahí tienes a los viajeros.

(Se oye el coro interior, ahora más lejos, hasta el final. El Muchacho aparece en la puerta María del Carmen da un paso hacia él).

MARÍA DEL CARMEN.—*(Después de mirarlo fijamente, inmóvil)* ¿Por qué no viniste antes?

EL MUCHACHO.—*(hace un esfuerzo como si quisiera recuperar un recuerdo. Luego habla con acento natural, sin violencia alguna)* Hace mucho tiempo que quería volver, pero no podía.

(Cae desvanecido, al tiempo que Soledad y el Doctor, que aparece también siguiendo al Muchacho, lo recogen. Hay un desorden y un profundo estupor en la escena. Los dos personajes llevan al Muchacho al interior de la casa. María del Carmen sigue ansiosamente al grupo. Quedan solos en la escena la Madre, Don Luis y José: los tres distanciados, sin palabras ni movimientos. Vuelve a oírse, ahora muy lejano, el coro interior, que se mantiene hasta el final).

EL DOCTOR.—(*volviendo, desde la puerta*) Ha muerto... Yo no sé si decir que ha muerto por segunda vez. No recobró el conocimiento. (*Se dirige despacio a Don Luis y le pone una mano cariñosa sobre el hombro*) Y ahora, ¿qué piensas de esto?

DON LUIS.—(*sin moverse, con la vista fija en un punto invisible*) Hace treinta años, cuarenta, que vivo de mi oficio: médico, mejor dicho, cirujano. Durante todos esos años no he creído sino en lo que curan mis manos: en la materia enferma o saludable. El espíritu, ¿quién se acordaba de él? Si ahora, al final de mi vida, veo un caso que no entiendo, que no comprendo, que no adivino, ¿para qué me preguntas lo que pienso?

TELÓN

Playa de las Canteras. (Gran Canaria) 1.920